

ARTÍCULOS DEL LIBRO DE MARADONA

Aquí les dejo algunos artículos de mi libro para los amantes del maravilloso genio del Diego.
Espero que los disfruten.

La dedicatoria

Asumo que un escritor e investigador de mi naturaleza, acostumbrado a navegar por la reflexión intelectual y la disquisición filosófica, está inclinado a expresar el cariño y la admiración de un modo muy diferente a como puede demostrarlo, por medio de la fe y el apasionamiento, un hinchado de fútbol. Sin embargo, esto no quita que los profundos sentimientos que albergan en mi alma y envuelven cálidamente a la persona que encarna el ídolo, mencionado en estas páginas, no sean, en esencia, iguales a los que le profesan sus admiradores y fanáticos, dentro y fuera de la cancha. ¿Qué serían, acaso, de estas quinientas doce páginas de estudio y análisis sin ese sublime y afectuoso impulso que les ha dado vida? De aquí que esta exhaustiva investigación, que he realizado cuidadosamente y con el mayor de los respetos, sea mi humilde forma de homenajear al gran futbolista argentino que supo deslumbrar al mundo en sus esplendores, y conmoverlo en sus ocasos... ¡que hasta el sol los tiene!.

Por eso, a él –al hombre–, va dedicada esta obra; al propio Diego Armando Maradona.

El santo nombre del Diego

Los admiradores más entusiastas y religiosos del Diego podrían enorgullecerse auténticamente al saber que su ídolo es portador de un nombre de bíblicas resonancias, tal como lo es Rafael, Gabriel, Daniel, Mariana y Analía. En la península ibérica los patronímicos castellanos comenzaron a formarse añadiendo el sufijo *ez* o *iz* al nombre del padre. De modo que Domínguez (proviene de Domingo), Márquez (de Marco), Fernández (de Fernando), Gonzáles (de Gonzalo) y Diéguez (de Diego).

En *El enigma de los nombres y apellidos*, Teodosio Muñoz Molina explica que si bien algunos lingüistas relacionan la etimología de Diego con el griego Didakos, otros ven en él la abreviatura de Santiago, un compuesto español equivalente al antiguo nombre hebreo *Ya'aqob* o “Jacob”, el sobrenombre de Israel, cuyo significado es (Yahweh o Jehová ha protegido), popularizado por el cristianismo gracias al culto del apóstol Santiago el Mayor, el discípulo de Jesús que, según se cree, predicó el Evangelio en España. A partir de aquí es posible trazar una ruta lingüística desde el bíblico Jacob, el padre de las 12 tribus de Israel hasta nuestro Diego, el padre de los 12 pentágonos de cuero. Gracias a que la Y, J o I son permutables, la lista de derivados puede leerse igualmente Sant Jácob, Sant Iaco, San Yaco, San Iago, San Tiago, San Diego, y finalmente, “San Diego”.

Seguramente no tenga la aureola de los ungidos en torno a su cabeza, pero sus más devotos seguidores, en el afán de imbuir al ídolo de un espíritu religioso, han encontrado la forma de anteponerle al nombre de su santo deportivo la partícula “El” como un visible título de

santidad, que tal vez no barruntaban. Así terminó convirtiéndose lo que sería en la onomástica cristiana “San Diego”, lo que en el lenguaje popular se conoce como “El Diego”. Y como ocurre con la palabra “San” que fue incorporada al nombre “Santiago”, en este caso también se puede escribir decorrido “Sandiego” o “Eldiego”, que es lo mismo; como si fuera otro de los apóstoles, protegido por esta línea lingüística de la que desciende. De todos los Diegos que puedan existir en el planeta sólo éste –el nuestro- lleva la reminiscencia del antiguo Dios hebreo antepuesta al nombre de pila y, por extensión, una ligazón indestructible entre Diéguez, Diego y Diez.

En su autobiografía, por ejemplo, hablando de que habla de todo y de todos, hasta del Papa, Diego parece percibir estas sutiles conexiones cuando reconoce ser quien dice Ser. Pues allí afirma: “Yo soy la voz de los sin voz, la voz de mucha gente que se siente representada por mí...”. Claro, él es “la voz del pueblo”, y si es *vox populi*, como reza la expresión latina, es *vox Dei*, “la voz de Dios”. E inmediatamente reafirma, pero con más contundencia: “A ver si se entiende de una vez: yo soy El Diego”.

El Diego

Los hinchas argentinos han intentado reducir la brecha que existe entre ellos y su ídolo substituyendo a Maradona por “el Diego”. Pero no seamos ingenuos y creamos que por llamarlo así se deja de nombrar a dios.

Los que no son hinchas se preguntan, ¿quién es este individuo que transgrede los límites que todos respetamos? ¿Quién es este Diego para que se le perdone todo lo que hace? Y los hinchas responden con una tautología reveladora: el Diego... ¡es el Diego!.

Esta forma de anteponerle el artículo al nombre propio, lejos de ser un populismo de los barrios pobres o de las zonas rurales, presupone una sensación muy particular en la forma de llamar. El hincha siente que está ante un ídolo más cercano, más bajo, más llegado a él. Incluso puede sentirse como un amigo o un hermano. Con el tiempo, Diego se ha vuelto moneda corriente en el vocabulario de los hinchas y ya nadie sabe si es “el Diego” o “El Diego”. De la misma forma que al referirse a él se dice “al Diego” o “Al Diego”.

Hacer esta distinción con las mayúsculas es particularmente interesante. Y más cuando recordamos que tanto “El” como “Al” son, en hebreo, los nombres de la deidad traducidos ordinariamente en la Biblia como “Dios”, y empleado en los nombres teóforos como Elías, Ismael o Israel. La letra E mayúscula se diluye en la palabra hablada e imposibilita diferenciarla de la e minúscula tornándose así imperceptible al oído. Sólo en el aplanamiento a la escritura adquieren la E y la e visibilidad y legibilidad para el ojo.

Nos detendremos aquí para mostrar una distinción, un sentido sutil que se filtra claramente entre el pronombre personal “el”, escrito con minúscula, y “El”, con mayúscula. Y es el sentido que el hincha, cuando habla, cuando nombra a su ídolo pasa sagazmente *por lo bajo* –como lo muestra el tamaño de la letra “e” en relación a la otra “E”- sin darse cuenta que, de este modo, es incapaz de distinguir al Diego humano, pequeño y vulgar (el) del Diego endiosado o agigantado (El). Como el tono de la E y de la A mayúscula es inaudible ni el mismo hincha sabe si dice “el” o si dice “El”; o lo que es lo mismo, si dice “al” o si dice “Al”.

(El artículo continúa en el libro)

El Diego es El Diego

Como vimos, “El” es la partícula que denota el antiguo nombre de la divinidad, y “Él”, con la tilde, el artículo que se antepone a los nombres para individualizarlos y para indicar su género. La lengua castellana ha permitido que se escriba, y con las mismas letras, el nombre de Dios como el nombre del hombre. Ése nombre que representa a todos los hombres. Ese mismo hombre que llegó a la luna, pero no el que dio el pasito sino el que dio el Gran Paso: “El hombre”. El modelo universal que inmortalizó Leonardo en su famoso esquema de las proporciones armónicas del cuerpo humano, al situar su imagen desnuda entre las milenarias figuras geométricas que representan el cielo y la tierra, conocido como “El hombre de Vitrubio”. (Lo veremos después).

De modo similar a este “El” está el “Al”, la contracción gramatical “a más él”, que es también el nombre del viejo dios de los hebreos, cuya inversión en “La” la convierte en el artículo femenino. Es eso lo que nos asombra cuando le dicen dios a un genio del fútbol pero no nos inmuta, ni tampoco nos hace creer que es exagerado cuando el gran público reconoce a una actriz o a una cantante como una “diva” (diosa) y en consecuencia, la *adoren* como tal.

Cuando en la carrera de una actriz o de una cantante, especialmente de ópera, obtiene su consagración a través de una trayectoria de sobresaliente mérito, la lengua le concede a la estrella utilizar el artículo femenino “La” antepuesto a su nombre, para convertirla en “toda” una diosa estelar. Cuando Maria Callas es conocida como “La Callas”, Mirtha Legrand como “La Legrand”, Isabel Pantoja como “La Pantoja” o Sofía Loren como “La Loren” es porque la figura ha alcanzado el máximo reconocimiento que el lenguaje puede otorgarle a una mujer del espectáculo, para destacar a la estrella por encima de otras luminarias.

De hecho, Diego ha reconocido siempre a su esposa Claudia Villafañe como “la Claudia”. Él no acostumbra decirle a sus hijas “la Yanina” ni “la Dalma”, pero sí siempre le ha dicho a su mujer “la Claudia”. Lo que no sabemos es si el propio Diego utiliza reiteradamente esta forma espontánea y cariñosa de llamarla, como un intento por transformar a “la Claudia” en “La Claudia”. Como una manera de brindarle elevación, respeto y reconocimiento. Por algo al final de su autobiografía habla de ella así: “Claudia es todo dignidad... Claudia es, pura... no me gusta compararla con nadie, porque ¡es única!, es una joya, es mi joya... ella me bancó porque tiene una gran personalidad, un gran temperamento...”

Lo que ocurre es que si la palabra no se escribe, no hay manera de diferenciar, como en este caso, a una Claudia de la otra. Nadie especifica cada vez que nombra a alguien de esta manera si lo hace “con mayúscula”, que quiere decir, “palabra mayor”. Lo único que se hace es colocarle el pronombre personal delante del nombre. Claro que nadie sabe si es una forma simple y afectuosa de llamar a la persona que uno quiere o si es un verdadero título honorífico. Pues el tono con que se lo dice, no nos revela nada.

Sin embargo, este es un fenómeno lingüístico que entraña una sutil particularidad: se utiliza con frecuencia con los nombres de mujeres famosas. Pero no se da con los nombres de hombres famosos.

Cuando se dice “Carlos” no se sabemos si se refiere a Gardel, a Monzón, a Menem, al Príncipe de Inglaterra o al vecino de la vuelta de casa. Hay varias maneras de identificar a un Carlos del resto de los Carlos; basta el apellido, el segundo nombre, el sobrenombre, el

apodo, etc. Pero también se lo puede hacer sobresalir colocando el artículo delante del nombre de pila masculino. Sin embargo, esto no es común que ocurra, sino más bien una excepción.

Por ejemplo: Alejandro Magno no es “El Alejandro”, Michelángelo no es “El Miguel”, Picaso no es “El Pablo”, Borges no es “El Jorge Luis”, ni Perón ni Fangio son “El Juan”, Olmedo no es “El Alberto”, Vilas no es “El Guillermo”, pero Maradona sí es “El Diego”.

A Frank Sinatra tampoco le decían “El Frank”, era “La voz”. Ni siquiera a Gardel, la estrella máxima del canto argentino, se lo conoce por “El Carlos”. Tenía, sin embargo, el irónico apodo de “El mudo” (la máxima contradicción de lo que él era) y “El zorzal criollo” (una comparación que más lo ajusticia). Sólo a Carlos Menen llegaron a decirle “El Carlo”, acentuando en la letra R el singular tono riojano. Pero únicamente lo hicieron los imitadores desde el humor y posiblemente en forma de burla.

Como otra forma de identificación, suele adherirse el sobrenombre al apellido y decirse “El Turco” Menem, “El ruso” Sofovich, “El polaco” Goyeneche o “La Tana” Rinaldi, etc. Pero aquí también es diferente, puesto que el artículo va delante del apodo, no del nombre propio. La cuestión es que el artículo distintivo El o La, cuya función es “endiosar”, “potenciar” y “destacar”, no sólo “universalice” el nombre de la persona amada y reconocida, sino que al mismo tiempo la haga absolutamente “singular”. Única.

En realidad, no hay ninguna figura masculina del mundo del espectáculo a la que se le anteponga –a modo de reconocimiento y no en forma vulgar- el artículo al nombre de pila, y menos que surja de allí una tautología semejante como la que plantea la del futbolista argentino. Maradona es realmente excepcional; no sólo en términos de talento sino de semántica. Pues es el único caso en el que una estrella masculina es singularizada y puesta universalmente a la altura de un verdadero Divo.

Diego se distingue de los demás Diegos por tener el raro privilegio de ser “El” Diego. Y como si fuera poco, no existe ningún otro Diego en el mundo –ni en cualquier otro mundo- que posea esta asombrosa y preferencial cualidad en su nombre. Así como el “La” de “La Callas” ha creado en el público, y en ella misma, la ilusión de ser una autentica diva (diosa); el “El” de “El Diego” sostiene entre sus fans y, principalmente en él mismo, la apariencia de ser un divo (dios).

Casi todos los grandes deportistas y artistas masculinos han surgido de orígenes humildes, como el chico de Fiorito, pero ninguno de ellos ha calado tan hondo en la lengua castellana como lo ha hecho “nuestro “diez”. Ningún astro del fútbol ha sido asociado antes a un número y con tanta fuerza, mística y veneración como le ha pasado a Maradona, que es reconocido en todo el planeta por ser “El Diez”. A estas alturas ya no caben dudas: el destino de “el Diego” era salir del barro y alcanzar el cielo estelar convertido en “El Diego”. Por eso sostenemos que: “el Diego es El Diego”.

Esta excepcional tautología no se plantea con cualquier personaje famoso. No existe “el Alejandro es el Alejandro”, “el Leonardo es el Leonardo”, “el Víctor Hugo es el Víctor Hugo”, “el Napoleón es el Napoleón”, ni siquiera, “el Jesús es el Jesús”.

(El artículo continúa en el libro)

La Creación de la Mano de Dios

Los diarios del 23 de Junio de 1986 catapultaron el triunfo de la Selección ante Inglaterra, realizado el día anterior, lanzando a Maradona directamente a la constelación de los eternos. Ni la televisión, ni los diarios más importantes de la Capital registraron el acontecimiento del lunes 22. Ni Clarín, ni La Nación, ni Tiempo Argentino, ni El Gráfico. Como se cita en la obra *Diego dijo*, sólo Crónica tiene el privilegio de levantar la primer y célebre declaración de Diego, en la que dice: “Lo juro por lo que más quieras: salté junto a Shilton pero le di con la cabeza. Lo que pasa es que se vio el puño del arquero y por eso la confusión. Pero fue la cabeza, no tengan ninguna duda. Si hasta me quedó un chichón en la frente. Lo hice con la cabeza de Maradona pero con la mano de Dios”. Vaya paradoja. ¡Si hasta pareciera que estamos en presencia de un koan zen!

En esta primer declaración se ve bien claro la trinidad del que habla, que es la de Dios. Ante la inmensidad de lo que ya era Maradona, Diego excluye el “yo” de su decir, pues, no expresa: “Lo hice con (mí) cabeza y con la mano de Dios”, en cuyo caso habrían dos (él y Dios); dice puntualmente que él, Diego, lo hizo con la cabeza de uno (Maradona) y con la mano del otro (Dios), revelando que en su decir siempre hay “tres que son uno”. Hay un dicho suyo, muy conocido, que demuestra exactamente esta misma triangulación que estamos diciendo: “Yo les digo que se queden con el Maradona jugador de fútbol (Dios), que con el Maradona hombre (Diego), convivo yo (quien les habla) las veinticuatro horas del día”. (Los paréntesis son nuestros).

Pero ese mismo martes, Diego utiliza el diario Tiempo Argentino para hacer su descargo sobre algo insólito: quiere refutar una cita suya que, en su opinión, se la adjudican a él. Lo que él dice es: “En diarios mexicanos, y no sé si en algún periódico argentino, me hacen autor de la frase que el primer gol lo hice “con la mano de Dios”, y es totalmente falso. Lo que yo dije fue que salté y la pelota me pegó, pero que no lo hice a propósito. Hasta pensé que la había metido Shilton en contra”. Genial.

En la primera declaración, Diego jura y perjura que: “le di con la cabeza”, “con la cabeza de Maradona” –¡si hasta le quedó un chichón y todo!-, y como si esto no le bastara, agrega enigmáticamente: “pero con la mano de dios”. En la segunda declaración, no sólo se desdice y niega sus propias palabras, sino que sostiene que lo dijo otro: “me hacen autor de la frase”. Es maravilloso. Diego, sin darse cuenta, hace una construcción verbal tan brillante como la luz que irradia su talento para jugar al fútbol.

Antes de saber quién fue el que hizo el primer gol a los ingleses, si Maradona o Dios, tratemos primero de descubrir cuál fue el miembro que usó Diego para anotar, si la cabeza o la mano. Porque, ¿cómo hace uno –que no es uno- para hacer un gol “con la cabeza pero con la mano”? O se hace con la cabeza o se hace con la mano. Introducir el “pero” en la frase, le otorga a ésta un evidente sentido de contraposición u oposición. Que la cabeza pertenezca al hombre y la mano a dios nos habla a las claras de un cuerpo dividido, cohabitado por la palabra del idolatra que lo nombra como tal.

Diego no miente, en todo caso le devuelve la pelota a sus fans con aquello de que es dios dentro de la cancha. Primero afirma que fue “con la de dios”, y esto se lo dice especialmente al hincha que lo llama así (pues bien, lo hice con la mano de aquel que ustedes dicen que soy), pero luego, en la segunda declaración, cuando le retorna su propio dicho y lo confronta con la posibilidad de que la gente pueda confundirse y pensar que él es quien se cree dios, niega categóricamente que haya sido “con la mano de dios”, (puesto que sabe bien que fue “con la suya” que, para el caso, es lo mismo, ya que entre él y dios –según dicen- no hay diferencia) y explica que la pelota simplemente “le pegó”, pero que no hubo intención en ello. Y aquí hay un detalle significativo: si para el caso daba igual una

mano que la otra, ¿cuál era el sentido de negar “la de dios”? Es aquí donde entra en juego, en su discurso, la función de la negación.

Diego reconoce indirectamente que lo hizo con (su) mano, cuando explica: “salte y la pelota me pegó”. Le pegó, es cierto, ¿pero dónde le pegó?. Él no lo dice, no dice “toda la verdad”. Dice nada más que la pelota le pegó y enseguida añade: “pero no lo hice a propósito”. Si le hubiera pegado en la cabeza, no se hubiera excusado por eso ni se habría creado semejante confusión. Este “no lo hice a propósito” deja entrever una intención, un propósito. De lo contrario no se hubiese molestado en aclararlo. Si saltó y la pelota le pegó sin querer –como él dice- ¿era necesario especificar que no tuvo la intención de pegarle? Es evidente que esta aclaración, oscurece, y que con esto Diego deja al desnudo una verdad que no puede decirse sino “a medias”, cuya traducción lógica sería más o menos así: “le pegué –con *mi* mano-, y lo hice a propósito”.

Pero veamos algo importante. Desde el comienzo Diego entiende que su puño izquierdo es tan inmortal como su zurda, de allí que la haya usado para enlazarse al ser Supremo. Pero luego se desdice y deja entrever algo así como: “por favor, no vayan a creer que yo soy dios o que yo me la creí, porque no es así”. Por eso, cuando le vuelve invertida su propia frase, aparece el hombre y responde: “es totalmente falso”. “*Totalmente*” falso. ¡Como si hubiera la posibilidad de que algo fuera parcialmente falso!. Es falso o verdadero. Diego parece haber caído en la cuenta de que él realmente no es dios, como aclaman sus hinchas, y lo niega rotundamente. Sólo le faltaba decir “lo hice con la mía”. Lo que, por supuesto, demostraría que “la mía” es la de Dios. El giro es genial. Después dice: “...salté y la pelota me pegó... Hasta pensé que la había metido Shilton en contra”. Pero eso no importa. La Mano de Dios ya había sido inventada, por la encendida lengua del Diego.

Diego sólo miente cuando habla en tercera persona y dice que lo hizo “con la cabeza” de Maradona, pero no miente cuando dice que lo hizo “con la mano” de Dios, pues, como afirman los hinchas, son Uno. Pero cuidado. Diego miente si no tomamos la palabra “cabeza” en forma literal. Porque si es que lo pensó un segundo, tampoco miente.

La expresión “usó la cabeza” que decimos en el sentido metafórico de “pensar” sirve para probarlo. Y como Diego es un jugador inteligente, pensó. Pensó como piensa él dentro de una cancha: como un rayo. En ese instante en que estaba frente al arco de los ingleses, Diego realmente “usó la cabeza” (su inteligencia) para hacer el gol ilegal más bello y famoso de la historia. Su rapidez mental le permitió encontrar, en fracción de segundos, el camino más apropiado o el que mejor se adaptaba a la ejecución de esa jugada porque, como diría después: “Yo sé que no está bien, pero una cosa es decirlo en frío y otra muy distinta tomar la decisión en la calentura del partido: vos querés llegar a la pelota y la mano se te va sola”. Por eso lo hizo con “la cabeza de *Maradona*”, y también, con “la mano de *Dios*”, que es la de él, el único 10 del mundo al que llaman así. Lo que confirma esto es lo que dijo por aquella época: “Teníamos que entender (...) que era fundamental que los delanteros entendiéramos que si se perdía la pelota, no podíamos quedarnos parados, mirando, ¡teníamos que dar una mano!” Esto, sin olvidar el hecho de que cada vez que hablaba por teléfono con Claudia, ella le decía que, cuando tenía la cinta de capitán, “llevaba el brazo izquierdo más arriba, más alto”. Y Diego fue capitán de Argentinos Juniors, del Juvenil, de Boca y de la Selección argentina. Por eso, nunca mintió, porque actuaba impulsivamente. Sin pensar.

(El artículo continúa en el libro)

Messi, y el botín de la mano de Dios

En el mundial 2006 pudo leerse sobre una bandera Argentina flameando en las tribunas de un estadio alemán: “D1OS HA ENVIADO A SU MESSIas nano”. Si los hinchas se vieron impulsados a escribir sobre la albiceleste un “as” en minúscula detrás del nombre de MESSI no habrá sido para significar únicamente lo que desean que el joven y promisorio jugador sea en un futuro: el enviado divino, el mismo que esta encargado de establecer en la tierra el reino de Dios, el que los profetas del fútbol comienzan a anunciar y los ex maradoneanos reconocen en la persona de Lionel Messi, sino también para mostrar el instrumento con el que debía articular la “salvación”, a saber, el don en el pie que puede propiciar la jugada maestra. Casualidad o no, el asunto es que “*Messias*”, el sobrenombre con el que fue bautizado Lionel, con el claro sentido de “Mesías”, en latín, (la lengua de los antiguos romanos, los mismos que lo crucificaron, y la de la liturgia de la iglesia católica) también se escribe como “Messi”, con doble ese.

El mundo entero ya está empezando a creer en el advenimiento de este “Messi-as”, el novel jugador argentino de cuya intervención se esperará la solución de problemas, el pequeño genio que establecerá un nuevo orden o restablecerá el orden original. La palabra adherida al final del nombre (que demuestra su innato talento) es también el naípe que lleva el número 1 y que al sacarlo hábilmente de la manga en el momento oportuno, hace ganar el partido.

Hasta Jorge Valdano en una nota que diera para el diario La Nación en mayo del 2007 reconoció que era “un jugador más vertiginoso que Diego, que estaba más para la *finalización* que para el armado”. Es que es este “as” de Messi que guarda en la manga el DT que lo dirija, será el recurso *final* con el que podrá dar vuelta un resultado y salvar un partido. La escritura de este “uno” es lo que lo convierte en un jugador “distinto”. El rasgo maestro que lo distingue de los jugadores normales y sobre el cual se concentra su sobresaliente talento.

En el 2006 Lionel Messi jugó su primer mundial, y para destacar su presencia en el campo de juego la FIFA decidió distinguirlo con unos botines de lujo de color celeste y blanco, confeccionados especialmente para él, con un slogan que decía: “La mano de Dios”. Cuando le preguntaron al joven futbolista si jugaba con el botín de la mano de dios, respondió tímidamente: “Sí, está ahí y no te das cuenta, no pensás en eso. Es una cosa que hicieron para el botín, pero no pasa de ahí”.

Messi dice que no se da cuenta, que no piensa, que es una cosa que hicieron para el botín. Como si esa “cosa” nada tuviera que ver con él; pero hay un pequeño detalle: el botín con el famoso slogan, ¡lo usa sólo él!.

Estructuremos su declaración del siguiente modo: 1) dice: “Sí”, acepta que juega con el botín especial. 2) “está ahí”, claro, en su pie, que no es cualquier ahí. 3) “no te das cuenta, no pensas en eso”, no piensa, claro, porque el pie piensa por él. 4) “Es una cosa”, aunque, a decir verdad, “no es cualquier cosa”. 5) “que hicieron para el botín”, pero no para el jugador que se los pone, ¡como si él no jugara con ellos!. Aquí Messi se separa del botín como si no le perteneciera o no quisiera reconocerlo como suyo, dándole con ello vida propia a eso que él llama “una cosa”. ¡Oh, pero qué maravilla! ¡La “cosa” cartesiana en el pie y en la boca de un futbolista!¹ Sin darse cuenta, Messi ha soltado aquello de: soy “una cosa” que “piensa”, luego existe, pues la escritura de “la mano de dios”, que hicieron para

¹ De la que habló el famoso filósofo francés Rene Descartes.

su botín, es lo que le da existencia a su pie, el lugar por el que piensa y le da existencia a él, el sujeto que patea. Si Messi piensa con el pie, y en el pie lleva tatuada la frase que Diego inmortalizó y lo inmortalizó, ¿cómo no habría de pensar en la cancha como piensa Maradona? Como para no hacer jugadas, gambetas y goles calcados a los que hizo el diez. 6) “pero no pasa de ahí”, claro, se queda en su pie, no pasa a otro jugador; la “cosa” fue fabricada para que la use exclusivamente él: el Elegido de la gente.

Pero pensemos lo siguiente. ¿De dónde surge esta inocente indiferencia de Messi hacia el objeto con el que fue reconocido?. Veámoslo, pues, desde un punto de vista muy sencillo: ¿qué jugador podría sentirse realmente cómodo llevando impreso en sus botines nada menos que la escritura de la célebre frase que inmortalizó Maradona contra los ingleses en México '86: “la Mano de Dios”? ¿Quién podría correr libremente los 90 minutos cargando el lastre de semejante responsabilidad y no sentir los pies de plomo? La displicencia con la que Messi expresa, “es algo que hicieron para el botín, pero no para mí” es la coraza que encubre un rechazo terrorífico: “no quiero estar en esos botines”.

(El artículo continúa en el libro)

La Fórmula Maradoneana

Existe una racionalidad en esta fórmula irracional: “ $10 + 1 = 12$ ”. Y es que con Diego la matemática funciona así.

En el equipo hay diez jugadores, y con Él, ocurre algo muy particular: no suman once, sino doce. Diego no es un uno común, sino uno grande; excepcionalmente grande. Es un “Uno” que debemos escribir con mayúscula porque se potenció con su talento.

Con Maradona, decíamos, las cuentas funcionan de una forma diferente a la lógica de la matemática tradicional. Si en el equipo hay once jugadores, con Maradona se transforman en doce. Son 10 jugadores normales pero con el “1 +” se transforman en Doce Grandes. Con Diego es otra la matemática. Con este plus (que es el talento) los 10 comunes del equipo se convierten en los doce dioses del Olimpo, pues con él se puede hablar perfectamente de una “Matemática Maradoneana”, que es la matemática metafísica que hace que “ $10 + 1$ ” sean “12”.

Pero, ¿de dónde le viene a Maradona esta cualidad natural que posee para jugar a la pelota? Cualquiera podría pensar que a Diego el “don” le viene del padre (Don Diego), sin embargo, por el creyente que le otorga un origen divino, sabemos que le viene del Padre, con el que es un uno en sí mismo, como en el mito, donde ni siquiera hay padre carnal, pues es el que lo convierte en “Dos” y en “Dios”. (Sobre esto último recordemos lo explicado anteriormente sobre la función de la letra “i”). Por algo Diego dijo alguna vez: “Soy un privilegiado, pero únicamente porque lo quiere Dios. Porque Dios me hace jugar bien. Me hizo nacer la habilidad...”.

Para ejemplificar esto, recordemos cuando su hermanito Hugo reconocía que Diego “era un marciano”. Allí se veía claro que estaba diciendo: “no es mi padre el que lo gestó, pues no es humano como yo y mis otros hermanos”.

La bíblica expresión “el reino de Dios no pertenece a este mundo”, confirma que Dios “es extraterrestre” (no “un extraterrestre”), pues su morada divina no está en la tierra sino en el cielo, y cualquiera sabe que en lo popular decir extraterrestre es decir “marciano”. Por eso, para sus hermanitos, Diego es hijo de Dios. Esto es algo que se reafirma cuando agrega que

con él “no se puede discutir”. Porque si es verdad que es un ser extraterreno, con seguridad habla una lengua desconocida y posee talentos inexplicables que, como ya todo el mundo sabe son, verdaderamente, “indiscutibles”, pues ni siquiera ellos, sus propios hermanitos, tienen palabras para describirlos.

Por otro lado, que sus propios hermanos de sangre lo tengan a Diego como un chico “que no es de este planeta”, un chico que es diferente a todos los chicos del mundo, inclusive, diferente a ellos mismos, habla de que el discurso de los Maradona se encuentra atravesado por el mito cristiano y, especialmente, por la creencia de la concepción divina.

Pues sí, para sus padres y para toda su familia, Diego nació encarnando la ficción del “niño

(El artículo continúa en el libro)

El potrero

El fútbol comenzó a practicarse formalmente en las Universidades de la Inglaterra victoriana, formando una parte muy importante en la educación de sus distinguidos alumnos. En aquel entonces las famosas escuelas públicas de Cambrigh y de Oxford estaban en pugna a causa de las variadas posibilidades que exhibían sus reglas de juego, por lo que sus ilustres caballeros habían formado dos bandos bien definidos: estaban los que querían jugar a la pelota con la mano, al estilo rugby, y los que pretendían jugar con el pie, tal como conocemos hoy el fútbol. Los alumnos más toscos querían agarrar el balón con la mano y usar los pies sólo para dar patadas y zancadillas, y los más delicados, tocarlo sólo con el pie, para no ensuciarse las manos y mantener intacta su vestimenta.

Finalmente, los aristócratas de estas prestigiosas instituciones desestimaron la idea que tenía el primer grupo de “jugar sucio” (literal y metafóricamente) por considerarlo inapropiado para el deporte, y resolvieron modificar las reglas y no utilizar las manos para agarrar el balón ni para aporrear al adversario ni para sujetarlo en el piso, entendiendo que era mejor jugar sólo con los pies y sin cometer *foul*, forjando así una ética deportiva basada en el “juego limpio” (también en sus dos sentidos), tal como pretendía el otro bando. Fue así como nació el fútbol tal como lo conocemos hoy. Tiempo después se fundaría el rugby, propiamente dicho, con las reglas que se utilizan en la actualidad.

Si bien es cierto que el fútbol se inventó en Inglaterra fue en el continente sudamericano donde se reinventó este concepto. Los ingleses pudieron haber creado el fútbol, tal como se juega ahora, pero fue un brasileño y un argentino los que definitivamente lograron perfeccionarlo. Por algo la cuna del “rey” y del “dios” fue Brasil y Argentina, y no un país Europeo. Ni Pele ni Maradona salieron de las canchas de ninguna Universidad –pues jamás pisaron alguna-, y sin embargo, adquirieron una Maestría inigualable en dicho terreno. Al contrario, nacieron en los barrios más humildes, donde justamente abundaban los solares más apropiados para aprender y desarrollar este deporte. Si fueron grandes autodidactas y obtuvieron su conocimiento completo y de forma intuitiva es porque los *campus* universitarios están muy lejos de parecerse a los potreros de nuestras escuelas. Es más, si los grandes clubes de España, Inglaterra, Francia o Alemania se desesperan por arrancar de los semilleros sudamericanos a los jugadores que recién se inician en el fútbol y que más se destacan en los clubes chicos es, simplemente, porque... “en Europa no se consiguen”.

Las ideas que amparaba aquel primer grupo de alumnos, sobre el hecho de jugar sucios y “sucio”, y los del otro bando, limpios y “limpio”, contrastan notablemente con el deseo de

Diego de mantener *impecable* La Pelota; por supuesto, después de haber emergido él mismo del fango potreroil, puro y radiante como una flor de loto. Es posible que el jugador pueda, eventualmente, “ensuciarse” (equivocarse) –dice “el 10”, como evocando las ideas de aquellos viejos aristócratas-, pero la pelota no se debe manchar: es una regla de oro. Diego destaca la importancia de la pelota y coloca su pureza, incluso, por encima de la del jugador. Sin embargo, un insospechado giro del destino quiso que una de las facultades inglesas más prestigiosas del mundo pusiera sus ojos en él para dar cátedra en el seno de sus distinguidas aulas. Fue increíble, pero cierto: ¡A Maradona le hicieron un homenaje en la propia Universidad de Oxford!

Como una forma de reconocimiento le entregaron una toga de graduados y, frente a una tribuna atestada de estudiantes de todo el mundo leyó durante treinta y cinco minutos un discurso, respondió preguntas y hasta hizo jueguitos con una pelotita de golf. Luego lo nombraron: *Maestro Inspirador de Quienes todavía Sueñan*.

En la modernidad de estos tiempos banales, donde el jugador es la vedette y el balón, el último orejón del tarro, muy pocos futbolistas juegan ya por amor al juego y por defender la bandera –los colores de la tierra en que nació-, una bendita tierra que no es otra que la del potrero, la de la infancia, el suelo donde nació su primer amor: su madre. La que vendería el adulto después al mejor postor.

Hoy, la mayoría de los jugadores que van a hacer carrera al exterior, terminan contagiándose de esa vieja concepción inglesa de mantener la pulcritud en su persona, y se olvidan de la pureza de la pelota y de aquel primer sentimiento que los llevó a relacionarse con el juego y con el terreno de juego. En la actualidad, muchos futbolistas se comportan como los de aquel aviso publicitario que pasaban en la televisión argentina, allá por los años ´80, donde los jugadores de la Selección salían a la cancha, vestidos de pinta en blanco, luciendo elegantes y elaborados peinados y uno de ellos decía ante las cámaras: “¡No me pidan que cabecee!”.

¿Es posible que en el mismo suelo donde nació el mejor futbolista del mundo se encuentre enterrado el secreto de su genio y figura?. Si es así, intentaremos develar aquí si es cierto que el espacio desértico, el calor sofocante, la brisa polvorienta y el suelo térreo pudieron darle forma e identidad a un jugador enérgico y noble como su tierra.

Si buscamos una clave relacionada con esta teoría sobre la geometría no euclidiana de la que hablábamos al comienzo, tal vez podamos hallarla en la definición que hacen de su juego periodistas, jugadores y admiradores. Todos coinciden en algo: “Diego jugó en los Estadios más grandes del mundo, pero cuando entraba en contacto con la cancha, jugaba como si estuviera en el potrero”. He aquí algo muy interesante que pasa siempre desapercibido.

Tal vez el giro dialéctico de una frase, relacionada con esto mismo, que también suele escucharse muy seguido, nos aporte aquí una primera luz. La expresión es: “Diego desciende *del* potrero”, que quiere decir que sus orígenes son humildes, que surgió del barrio y del barro; pero podemos invertirla con una simple modificación de la preposición: “Diego desciende *al* potrero”, y entonces entenderla como que vuelve a sus raíces desde las alturas olímpicas donde se encuentra y baja, para poner, literalmente, “los pies sobre la tierra”.

La topología de este decir, o sea, la vuelta que produce el sentido de esta frase se cierra y se compacta en el paradigma de lo que es Maradona: alguien que salió de lo más bajo impulsado por un sueño, alcanzó lo más alto cuando lo hizo realidad, y luego dio la vuelta y regresó al lugar de donde había partido. En resumen, que “viene *del* potrero y que *al*

potrero se dirige” es lo mismo que sostiene la Biblia cuando dice que “nació del polvo y que al polvo volverá”. De hecho, nunca abandonó por completo su amado Fiorito y vuelve a él cada vez que puede. Cada vez que lo reclama su niño interior. Es la historia del eterno enamorado: siempre vuelve a los orígenes; al primer amor (como dice el tango).

Para los antiguos filósofos era el éter la esencia más sutil y refinada del hombre, en tanto modelo y referente, pero para nosotros es al revés, es el potrero la “quintaesencia” de Maradona; su terruño, su tierra nativa, el lugar donde nació la parte más pura y más noble de su talento, su “patria” o tierra del *pater* (padre en latín).

Pero vayamos al punto y pensemos concretamente, ¿qué significa que Diego era un jugador de potrero? ¿Qué es un potrero? El diccionario no define este concepto como el sitio destinado a practicar el fulbito de los chicos humildes, dice simplemente que es una parcela de tierra relacionada con la crianza de los potros. Pero, ¿qué quiere decir que estando en la cancha Diego jugaba como en el potrero? Y en todo caso, ¿cuál es la diferencia entre una cancha profesional y un potrero? La respuesta es muy simple: la *geometría*. ...

(El artículo continúa en el libro)

Me cortaron las piernas

Todo deportista tiene un talón de Aquiles. Todo el mundo sabe que un jugador de fútbol es propenso a sufrir toda clase de desgarros, tirones, fracturas, esguinces, entre otras lesiones. Así como los boxeadores están más expuestos a que les desfiguren el rostro, los futbolistas tienen más probabilidades de lastimarse los pies, tobillos y piernas, que son los lugares que los hacen vulnerables. Cuanto más habilidoso y mejor juegue, más probabilidades tiene de ser lesionado por la marcación del contrario. Todos se encuentran bajo la constante amenaza de perder la herramienta con la que, partido tras partido, construyen su carrera profesional, y Diego, en este caso –y sólo en este caso-, no es la excepción. Nadie duda de que Maradona ha sido el jugador más pateado de todos los tiempos. Son memorables los partidos en los que lo han “molido” a patadas. Todo el mundo recuerda cómo lo marcó Claudio Gentile cuando jugaron contra Italia por la segunda rueda, el 29 de junio en Barcelona. Muchos años después Gentile le reconocería a Diego que “jugó a no dejarlo jugar”.

Pero las piernas no forman solamente parte de la herramienta del futbolista, sino también funciona como una metáfora del modo de relacionarse con el otro. ¿No se dice que Diego termina siempre a las patadas con todo el mundo?. ¿No será, acaso, en respuesta a todas las patadas que le han dado a él? La cuestión principal es que adentro de la cancha no lo dejaban jugar, y a fuera, “le cortaron las piernas”. Pero, ¿es posible que su frase más célebre y tristemente representativa haya aparecido antes de que fuera pronunciada por primera vez? ¿Existe algún antecedente que sea prueba de ello? Efectivamente. ¿Dónde? En su autobiografía. Pero como no nos gusta analizar más profundamente lo que el testimonio citado ya muestra por sí mismo, nos detendremos justo en el texto para ver lo que su contenido dice por sí mismo.

En su libro, *Yo soy el Diego de la gente*, encontramos algunos vestigios de esa recordada frase que lo dejó a fuera de la competencia en aquel malogrado Mundial 94'. Todo parece comenzar cuando Diego relata la siguiente historia: “Era el 24 de septiembre de 1983. Ese mismo día, a la mañana, me pasó una cosa increíble. Fui a un hospital, para visitar a un

pibito que estaba muy golpeado, porque lo había atropellado un auto. ¡Tenía las piernas a la miseria, pobrecito! Cuando me vio, se le iluminó la cara; lo saludé, le di un beso y me apuré a irme, porque esa misma noche tenía que jugar el partido. Cuando ya estaba en la puerta, él desde la cama, hizo un esfuerzo y casi me gritó: *Diego, ¡cuídate, por favor, que ahora van a por ti!* Eso me dijo: ahora van a por ti”. ¿Es posible que a partir de este momento el fantasma de “las piernas cortadas” tuviera para él el peso de una espada de Damocles?

A Diego le sonó un tanto extraña esta expresión, como puede sonarnos a todos los que no somos españoles y hablamos castellano; pero a él por otra cosa. La frase que el chico le grita: *Diego, ¡cuídate, por favor, que ahora van a por ti!* parece llevar implícitos dos niveles de lecturas muy evidentes. En las dos se ve un claro sentido de advertencia, pero en la primera sólo se ve la preocupación del chico, expresada, casi con cierto temor, y una súplica dirigida a la precaución que deberá tener Diego sobre un hecho que, en apariencia, encierra cierto nivel de peligrosidad. En cambio, la segunda lectura suena muy diferente; se parece más a una amenaza mafiosa que a la súplica de un chico convaleciente. Es como si el pequeño “Corleone” susurrara su sentencia lapidaria: si vos me hiciste esto, cuidate..., “por favor...”; porque ahora la vas a pagar. “Van a ir por vos”.

Diego dice que en esa época había una gran disputa entre los que corrían y los que jugaban, y que él era algo así como la bandera de los que se divertían con la pelota, justo en el país donde más se pegaba. “Porque –como dice él- los italianos sabían marcar, pero los españoles te *asesinaban* en la cancha”. “Los defensores italianos no eran como los españoles; en España te mataban a codazos, a patadas, a mí me pegaron *hasta en la lengua...*”. (la cursiva es nuestra) ¿Sería para que no hable?

Después cuenta la historia de cuando Andoni Goikoetxea lo fracturó mientras le iban ganando tres a cero al Athletic. Cuando vio la jugada dos días después por la televisión del hospital de Barcelona, en el que estaba internado, dice: “Yo no lo había visto venir en la cancha. Si no, lo habría esquivado, como tantas otras veces ante tantas otras patadas. Pero sentí el golpe, oí el ruido, como de una madera que se rompía, y enseguida me di cuenta. Cuando se acercó Migueli y me preguntó qué me pasaba, cómo estaba, le dije, llorando: “Me rompió todo, me rompió todo””. Diego cuenta la forma en que sucedió la lesión así: “...Entonces piqué con él (Goiko), le gané, la pulté, y cuando fui a pisar para girar y salir, track, vino el hachazo de atrás, sentí que se me aprisionaba la pierna, que tenía todo destrozado...”

Diego dice que Goicoetxea había quebrado a Shuster y que el problema era con él. Y que cuando pasó eso él levantó la pierna y quería mover el pie, pero “lo tenía muerto”, ¡el que terminó siendo inmortal! ¿Paradójico, no?. (Ni tarjeta amarilla le sacaron). La operación de la pierna fue televisada y los españoles sacaron titulares de los más alentadores, que decían: “Después de la rotura no juega más”. Sin embargo, pese a todos los pronósticos desalentadores, Diego se recuperó en tres meses y volvió a jugar en tiempo récord. Lo hizo contra el Sevilla, ¡y con dos goles suyos!

El asunto se pone interesante cuando Diego dice que, mucho tiempo después, cuando ya estaba en Italia y volvió a España para recibir un premio como mejor jugador iberoamericano, José Luis Núñez, el presidente del Barcelona (una persona que Diego detestaba profundamente) buscó venganza y le inventó una historia que pudo haberle salido muy cara. Entonces dice algo sorprendente: “Un pibe dijo que yo lo había atropellado con el auto y *le había quebrado las piernas*. La policía me fue a buscar a la entrega de premios y me llevó preso”. (la cursiva es nuestra) Lo que no queda en claro es si este chico que lo

acusa de haberlo atropellado es el mismo que él fue a ver al hospital y le gritó que se cuidara. Puede ser el mismo, pero Diego en ningún momento no lo aclara y el texto no lo dice. Y agrega: “Los jugadores se enteraron y me fueron a buscar... Estaban Schuster, Hugo Sánchez, Juanito, que en paz descanse... Juanito les gritaba, desde afuera de la comisaría, ¡*Viva Franco!*, y yo adentro, firmando papeles y mirándolo a los ojos al pibito: “¿Cuándo te pisé, yo? ¿Cuándo? ¡Contales todo, deciles que es una mentira de Núñez, por favor!”.

(El artículo continúa en el libro)

La pelota no se mancha

Volvamos a Diego y veamos la manera en que puede ser leída y comprendida su poderosa y sugerente frase, pues no hay otra expresión dentro del mundo del fútbol que sea tan profunda y conmovedora –después de “me cortaron las piernas”- como esta de que “la pelota no se mancha”.

Nosotros, bajo nuestro singular método de lectura, hemos podido distinguir aquí dos sentidos clara y definidamente distintos: que “no se mancha” quiere decir que *no se debe* manchar, y que *no se puede* manchar. En el primer caso pareciera haber una ley implícita, una prohibición determinada por el cual la pelota no se debe manchar; y en el segundo, una imposibilidad tácita, un impedimento concreto por el cual no se la puede manchar.

Pero antes de iniciar el recorrido investigativo reubiquemos primero esta locución en el contexto real en el que fue pronunciada. Lo que Diego dijo el día de su despedida en la cancha de boca, abrazado a sí mismo (literal y metafóricamente en el gesto de abrazarse), fue: “Yo me equivoqué y pagué; pero la pelota no se mancha”.

A simple vista, lo que el ex jugador estaba diciendo con esto es: la pelota la manché yo, con mi equivocación, pero no se preocupen porque ya pagué; pero luego es como si dijera: la pelota (que es justamente para que la toquen todos) es –pese a mi equivocación- intocable, y nadie puede ni debe mancharla, ni siquiera yo, que soy Maradona, que lo hice, y sin embargo no la manché. Por eso decreto que, de aquí en adelante, “la pelota no se mancha”.

En este sentido, Diego se permitió instituir una ley, sostenido o avalado por su propia trasgresión a la que llama acertadamente “equivocación”. Aunque, para ser rigurosos, tampoco podríamos hablar exactamente de trasgresión, pues cuando él se equivocó no había ninguna ley anterior que hiciera de su error una violación a ella. En todo caso, podríamos decir que Diego se atrevió a dictar una ley sólo después de haber sentido que había trasgredido una.

Según nuestra particular consideración, la pelota de la que habla Diego no se encontraría dentro de nuestro mundo sino dentro del mundo platónico, que, filosóficamente hablando, es un mundo de esferas perfectas. Para Platón hay un mundo fenoménico (el nuestro) y uno ideal (que está más allá del nuestro), aunque para él el mundo real es éste, y el fenoménico, el ilusorio.

Durante toda la Edad Media el discurso platónico entretejió finamente sus bases con el discurso religioso, siendo una de sus más potentes representaciones la que se fija en la concepción de las esferas etéreas de cristal, movidas, por supuesto, por la mano Dios. En este mundo material hay pelotas concretas, con apariencia de perfección, que para el filósofo griego serían como réplicas imperfectas de una sola pelota ideal, la que sí sería perfecta. Si en el mundo de las ideas se encuentra todo lo perfecto, porqué Diego, una

persona profundamente creyente, no habría de postular la pelota “perfecta”, la pelota que no se mancha.

Las pelotas comunes, las que pertenecen a nuestro mundo, esas sí se ensucian; pero la ideal (que es la de Platón, decimos nosotros), la pelota de la que habla Maradona, esa no. Él dice: los hombres juegan con las pelotas reales; pero con la pelota del niño (la ideal), la que es modelo de todas las pelotas reales, plausibles de ser manchadas por la mano —o la lengua— del hombre, con esa... “no se juega”. A la luz de esto, la postulación de Diego es, verdaderamente, una postulación platónica.

Pero, ¿qué lugar le otorgan los futbolistas a la esfera de cuero? Según parece, el lugar más alto, el más relevante. ¿No se dice acaso que la pelota es “la novia del jugador”? ¿Vendrá de allí el sentido orgásmico que se le atribuyen a los goles que se clavan en el ángulo? Pues bien, llegamos aquí a lo que para nosotros es el asunto más importante que subyace en la frase que inmortalizara Diego, y es nada menos que la pureza o la *impecabilidad* de la novia virginal del jugador.

En el mito cristiano, la Virgen concibe sin mácula (sin mancha), de ahí que se llame a este acontecimiento la “Inmaculada Concepción”. Diego la concibe sin mancha y es inconcebible para un cristiano concebirla manchada. El idilio que tiene el futbolista con la pelota es esencialmente el mismo que vivió de niño con su madre. Por eso no hay jugador que no haya sido concebido por su novia—madre (la Madona) y, especialmente, Él (Maradona). De allí que Diego diga “la pelota no se mancha”, que es otra forma de decir “con la madre no se juega”, ya que es ella la que sustenta la imagen del “pelusa” como “monstruo” (niño prodigio) y como “ángel” (niño Dios).

No olvidemos la importancia que tiene para la religión cristiana “la mancha” y “el pecado”. En esta misma ley de que la pelota no se mancha, está la misma letra que la torna “impecable” (no pecable). Esa es la razón por la que el mismo Diego no sólo reconoció, en la propia cancha de boca y ante cincuenta mil admiradores suyos, la gravedad de su “pecado” (equivocación) sino que también admitió haber “pagado” por cometerlo.

(El artículo continúa en el libro)

El índice

Epígrafes
Dedicatoria a Diego
Agradecimientos

PROLOGO

I. EL IDOLO
1. Maradona, ídolo de ídolos
El ídolo humano
Un ídolo de oro
La lengua del genio
Un fenómeno único
Un modelo de imperfección.

La dialéctica de ser modelo

II. EL DIOS

1. En el nombre de Maradona

La revelación del creadorador

Una controversia llamada Maradona

Un llamado muy particular

¿Qué tiene Maradona de dios?

Cual es el secreto que vincula a Maradona con dios?

El inefable nombre del Señor Maradonai

La conjunción cabalística

No soy el Dios de la gente; soy el DIos de los hinchas

La lógica del la I

¿De qué I estamos hablando?

Maradona hay uno solo

¿Quién es más creíble, Dios o DIos?

El nombre y sus circunstancias

2. La importancia de ser el Diego

El santo nombre del Diego

El Diego

El Diego es el Diego

El nombre más famoso

¿Quien es el diez?

En tercera persona

La soberbia del dios

¿Soberbia o soberbio?

El precio del exceso

El Diego es el que es, el que fue y el que será

3.El Génesis maradoneano

La mano de dios

La creación de la mano de dios

El gol ilegal

Messi y el botín de la mano de dios

El “Messidona”

El Gen de dios

4.La casa del Señor Maradonai

El mundo plano del fútbol

Modernos Coliseos

El Sagrado Cuaternario

La Vesica

Esa delgada línea entre dios y el demonio

Una teoría del espacio de la cancha

Zen en el arte del tiro al arco

5. Maradona, el divino geómetra

¿Círculo o elipse?

Pitágoras y el dodecaedro de cuero

La esfera inmaculada

Me cortaron las piernas
El gol áureo
El potrero
El hombre de Vitrubio
Disecionando al hombre de Vitrubio
La estrella pitagórica
La casa pentagonal
La fórmula maradoneana
La camiseta del diez
El 10 invertido
La propaganda de guaruyá
La camiseta tampoco se mancha
¿Es sólo un sueño?

III. EL HINCHA

1.Un soplo divino al narcisismo

El alma y el aire
La Biblia y el soplo divino
La pasión futbolera
Los gladiadores deportivos
Cánticos y mantras
El hincha, ¿un sentimentalista desalmado?
La transformación del hincha

2Por el amor de Maradona

El odioamoramiento de los ex maradoneanos
¿Quién soporta ser adorado como dios?
Un dios prisionero del amor de los idolatras
¿Puede dios ser humilde?
La humildad del hombre1
El rey dios
Rey negro, dios blanco
El dios olímpico

IV. EL DEMONIO

1La otra cara del dios

Entre el ser y el hacer
La dualidad interna del 10
El Demonio es Dios invertido
Maradona no es “Maradona”
Dios adora al demonio
El maldito entorno
¿Hay un ser hermafrodita?

2.Las diez vidas del dios

Los tropiezos del jugador
Una estrella en permanente caída
El día que los periodistas asesinaron a Diego
Maradona, un negocio redondo, redondo

3.¿La adicción del ídolo o al ídolo?

La lengua del dios extranjero

Los ídolos y la droga

El trato—miento médico

Droga vs. Droga

V. EL HOMBRE

1.Las 5 caras de la estrella

El secreto de los cambios “erráticos”

El hombre

El ídolo

El dios

El demonio

El hincha

Una figura para armar

2.La pasión del Diego

Dios, ¿ha muerto?

Diego murió de viejo

EPILOGO

¿Podrá Armando reescribir el fin del mito?